

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS,

durante la última cuaresma,

POR EL P. FELIX, JESUITA.

(Continuacion)

Le hablais por la primera vez, de un angel terrestre que le ofrece por primera dote el oro de un corazon puro, el oro de un alma inocente, el oro divino de todas las virtudes, pero os escucha distraido, y acaso lo considerais arrebatado por la contemplacion del cuadro que poneis delante de sus ojos. Sin embargo una sola cosa le preocupa ¿y sabeis cual es la pregunta que hace este veterano de la disipacion? su pregunta capital, su pregunta decisiva y algunas veces su única pregunta, es la siguiente. *¿Cuanto tiene esa joven?*—500,000 francos—«Me parece muy bien, eso es lo que yo habia deseado....»

No os riais, señores; el asunto es demasiado triste, y necesitamos lágrimas de sangre para llorar sobre esta degradacion, que conduce á tantas otras. Porque las humillaciones, los vicios, las desgracias y las ruinas, á que arrastra ese desorden fundamental, que hiere á las familias en su principio mas íntimo, son hechos que se ven atestiguados por todas

partes, con una elocuencia demasiado persuasiva, para que haya necesidad de añadir la demostracion de la palabra.

La familia, una vez constituida, se mantiene, como fué fundada, por un principio de unidad. El amor, que se estiende del corazon de los padres, para desde allí remontarse á su origen natural, para volver á descender otra vez; el amor realiza en la unidad de la familia, una cosa semejante á la que hace la sangre en la unidad del cuerpo humano, á la que hace la savia en la unidad del árbol, difundiendo sin romperse en ramas multiplicadas, ved ahí lo que conserva, lo que funda y lo que constituye la familia. ¡Unidad admirable en que las afecciones responden á las afecciones, las simpatías á las simpatías, y en que la felicidad de cada uno se multiplica por la felicidad de todos! ¡Fraternidad dulce, que el padre y la madre protegen con su autoridad, y mantienen suave y fuerte en la suavidad y la fuerza de su propio amor! ¡Oh! ¡cuán bueno, cuán dulce es para los hermanos habitar y abrazarse en el seno de esta unidad viviente! Dios mio, ¿podrá romperse algun dia esta unidad, cuyo lazo misterioso habeis escondido vos mismo en el fondo de nuestros corazones? ¿podrán huir y evitarse; esos corazones que se atraen unos á otros? ¿podrán aborrecerse esos corazones que se aman? ¿y quién tendrá sobre la tierra poder para anonadar, con la dicha que en si encierra, esa fraternidad, que la paternidad anuda en

su propio corazón y que Dios desde lo alto de los cielos cubre con la protección de su mirada, y con las bendiciones de su amor? ¡Ah! señores! una sola cosa tiene poder para destruir esa unidad, y esta fraternidad; la codicia. ¿Qué será lo que suscitará odios imperecederos entre hermanos á quienes se podrá creer unidos en la eternidad de su amor? Una sola cosa, la division del oro. Allí donde empiezan las particiones, allí se separan los corazones. Si, la particion de la materia llega á ser el rompimiento de la unidad y la separacion de los corazones. ¡Ay! ¡ay! ese foco de amor de donde han salido todos esos amores, apenas está estinguído; ese corazón de padre ó ese corazón de madre, de donde han salido todos esos corazones fraternales, apenas está helado por la muerte, y ya la codicia enciende en esos corazones, hasta entonces unidos, celos, discordias, aborrecimientos. Junto á ese ferebro, que encierra el foco muerto del amor paternal, van á encenderse los odios entre hermanos, tanto mas fuertes, tanto mas encarnizados, cuanto que son la perversion de un amor mas profundo y el rompimiento de una unidad mas santa. Las preocupaciones de la fortuna reemplazan en tres dias á las preocupaciones del dolor. En vez de unirse junto á una misma tumba, para depositar en ella por medio de lágrimas unidas, el testimonio de las mismas afecciones y de los mismos dolores, se encuentran delante de una misma herencia, para dar con el espectáculo de corazones divididos, el testimonio de una misma codicia y de un mismo egoismo. Esos mismos hermanos á quienes visteis hace dos dias conmovidos por un mismo dolor, llorando alrededor del lecho fúnebre de un padre ó de una madre, son los mismos hermanos, á quienes vereis mañana fríos y pálidos disputando alrededor de su testamento. Aquellos á quienes ayer veiais y oiais, haciendo resonar en medio de los funerales los quejidos del dolor, serán los mismos á quienes vereis y oireis mañana, haciendo resonar ante los tribunales los clamores del odio; gritos salvajes de

la codicia delirante y del egoismo enfurecido.

Ya lo veis, señores: la codicia no se contenta con impedir la unidad que funda á la familia sobre la union de los corazones, la rompe tambien, aun despues que está fundada. La codicia es la causa de otro mal aun mucho mas desastroso, mal, que mi mision apostólica y la mision de mi asunto me autorizan y me obligan á denunciar hoy desde lo alto de esta cátedra; la codicia impide la propagacion de la familia humana y la hiere con una esterilidad vergonzosa, que prepara á la familia, con su propia decadencia, la ruina social. ¿Me atreveré yo á decir desde aqui y en voz alta, lo que hace años guardo en mi alma con un silencio doloroso? Si: yo me atreveré á decirlo, porque oigo que Dios me dice; «hijo del hombre no tengas miedo, y anuncia á mi pueblo sus crímenes y sus prevaricaciones.» ¡Oh vergüenza! ¡Oh degradacion! ¡Oh ruina de la familia! ¡oh codicia! ¿qué no haces aceptar hoy á las familias que se creen morales y aun cristianas? ¿No eres tú la que para secar en la familia los manantiales de la vida, inspiras este cálculo de Satanás? «La cifra de vuestra fortuna está determinada; que sea determinado tambien el número de vuestros hijos...» Asi habla la codicia, y el hombre ahoga el grito de su conciencia y dice á la codicia «tienes razon» y dice á la vida que quiere dilatarse, porque es fecunda «tú no irás mas allá» y en esta obra de destruccion, vemos que el sensualismo se da la mano con la codicia. Si, señores; el sensualismo que teme los partos dolorosos, el sensualismo que tiene tanto horror al sacrificio como pasion por el placer, conspira con la codicia para violar la ley de la familia y disminuir la raza humana; y estas dos concupiscencias son cómplices de un mismo crimen, para condenar al sepulcro á generaciones que nunca tendrán cuna. ¡Ay! tal es en esta parte la depravacion del sentido moral, que se forma una gloria inhumana de estos cálculos infantes. El crimen mismo, el crimen sin arrepentimiento y sin

vergüenza, se atreve á lanzar el ridículo al deber, al sacrificio y á la virtud, y se le vé, entregar á la sonrisa de los viciosos y de los cobardes, á los padres y á las madres que multiplican alrededor de sí, como la vid sus ramas, los vastagos de su propia vida, y que tienen como los patriarcas la sencillez primitiva de contar por el número de sus hijos las bendiciones del cielo.

¡Dichosos los que no me oyen! pero los que tienen oídos para oír, oigan la verdad, toda la verdad sobre esos vicios ocultos y profundos, que carcomen sordamente en el corazón de la familia, los gérmenes de nuestra vida moral y de nuestro progreso social.

¡Oh siglo XIX! ¡Oh siglo del progreso! ¿á dónde conduces á la humanidad por esa prevaricación que cada día se ensancha y se profundiza más, amontonando sobre nuestras cabezas las horrascas de la tierra y los rayos del cielo? Poseedores de los bienes de este mundo, escuchad. Oponéis vuestros cálculos á las leyes de la Providencia y la cobardía de vuestro egoísmo á los dones de su amor; ¡desgraciados de vosotros! Teméis que vuestra posteridad no posea bastante, y seréis castigados en vuestra misma posteridad. Dios está en los cielos, y tiene rayos siempre prontos para vengar en su día las violaciones de su ley.

Sabed que la tierra también os amenaza con legítimos castigos. Para multiplicar la herencia hacéis la vida rara; para aumentar la posesión, disminuís el número de poseedores; legáis á vuestros hijos el poder de la posesión, pero les quitáis el poder del número. Llegará un día quizás, en que los que nada posean se contarán á sí mismos, y viendo las filas disminuidas de vuestros raros descendientes, dirán: «levantémonos; nosotros somos los más fuertes, nuestro es el poder del número. ¡desgraciados los que están en minoría!»

IV.

¿Qué es necesario suponer, para pre-

sentir en este desenlace de los desórdenes de la familia, el desastre de la sociedad? Una sola cosa: el odio social. ¿Y qué se necesita para suscitar estos odios? Nada más que lo que la codicia contemporánea suscita y promueve en todos los grados de la gerarquía social.

¿Qué es lo que hoy suscita el reino de la codicia? Una cosa formidable: la envidia; secunda en odios populares. Propio es de la naturaleza de todo deseo desordenado, engendrar celos y envidias relativos á su propio objeto. El amor engendra celosos de la posesión de los corazones, la ambición engendra celosos de la posesión de los honores, la codicia engendra celos de la posesión de la riqueza. Así es, que cuando el soplo de las grandes codicias afecta á todas las almas, hace germinar en ellas celos profundos. En tanto que todos se precipitan á la posesión de la riquezas, todos ensanchan sus deseos; pero no todos llegan á poseer aquello que han deseado. De ahí se desarrollan en los corazones, ambiciones reducidas á devorarse á sí mismas, ó á consolarse de su derrota, por envidias que se forman á su propia medida. Entonces sucede, que en tanto que los afortunados pasan como triunfadores cabalgando en el carro de su fortuna, ojos llenos de remordimientos, lividos, los contemplan al pasar, y el triunfo de las riquezas tiene por séquito, envidias temblorosas, envidias que llegarán á ser bien pronto odios fratricidas.

Pero á la verdad, señores; al condenar los excesos de la codicia en los grandes, no pretendo legitimar los celos y las envidias que engendra en los pequeños, ni aun aspiro á mostrároslos como la única causa de esos celos y de esos enconos. ¡Ah! bien lo sabemos; esos celos mortíferos, brotan por sí mismos, del seno de las concupiscencia. Hace mucho tiempo que Santiago nos ha revelado ese misterio de la vida humana y ese secreto de la agitación social.

Pero necesario es confesarlo: esos celos, siempre prontos á salir del seno del corazón humano, son provocados,

agrandados y están armados en el exterior por el espectáculo de las grandes codicias, y engendran contra los que poseen bienes y honores, odios espantosos, que se prometen á la primera señal hacer espíar á los afortunados lo que los envidiosos llaman tiranía de su fortuna. Odios tanto mas ávidos de proyectos homicidas, cuanto que en tanto que la envidia los suscita en lo bajo, la codicia que reina en lo alto hace en realidad de esa dicha envidiada, la tiranía del pobre y la opresion de los pequeños; y me refiero aqui, no á la tiranía política, que consiste en la supresion de los derechos por el poder encargado de proteger los derechos, sino á la tiranía moral, que es la opresion de las necesidades, y que consiste en hacer pesar sobre los pequeños el despotismo de los ricos sin amor, y de los afortunados sin entrañas.

Hay efectivamente en las sociedades entregadas sin freno al reino de la codicia, una opresion y una servidumbre fatal; contra la cual jamás garantizarán á los pequeños, ni las leyes, ni los sistemas, ni las revoluciones. ¿Sabeis por qué? Porque la codicia sin el freno del cristianismo, es decir, el egoismo sin el contrapeso del amor, entrega necesariamente el movimiento de las fortunas á la ley de su propia atraccion. Cuando el reino esclusivo de la codicia humana, llega á suprimir en las almas el principio de expansion que les comunica la caridad, entonces no puede haber equilibrio entre las grandes y las pequeñas fortunas. Las grandes absorven poco á poco á las pequeñas, casi como los planetas y los satélites serian absorbidos por el sol, sino hubiera en el movimiento de los mundos otra fuerza que fuera como un perpétuo contrapeso al principio de atraccion. ¿Qué importan entonces para remediar este desastre y apagar el murmullo de las almas, algunas liberalidades que las desgracias populares arrancan al pudor público? En ese movimiento de las cosas, las grandes fortunas puestas al servicio de las grandes codicias, dan el siguiente resultado fatal; lo que sueltan por un lado lo recogen por otro,

semejantes á esos lagos y á esos mares, que recobran por mil canales misteriosos las aguas que derraman en las riberas.

Dejad pasar sin poner freno al monstruo, siempre creciente, de la codicia; dejad que los hombres lleven en sus manos los instrumentos de las riquezas, sin llevar en sus corazones los resortes de su amor; dejad marchar á merced de su propia ley esos astros reguladores del mundo del dinero, que arrastran en su movimiento por una adsorcion progresiva, la fortuna de los pequeños; pero que lo querais ó no, que los hombres piensen en ello ó no, bien pronto vereis surgir de ese mundo entregado al despotismo de la codicia, fortunas fabulosas, que tendrán, no solamente el poder de multiplicar los odios que nacen de la envidia; sino que al pasar con todo su peso sobre las generaciones que tienen poco, y sobre las generaciones que no tienen nada, harán germinar los odios que deben salir de esas inevitables opresiones.

En tanto que los celos en lo bajo y la opresion en lo alto, suscitan juntos, odios populares, la injusticia apareciendo á la vez abajo, arriba y en el centro, estiende y agranda por todas partes esos odios, que tarde ó temprano deben producir en la sociedad una esplosion universal.

La justicia eleva á las naciones, la injusticia las pone en la pendiente de su caída y concluye por precipitarlas. No esperéis nada, nada mas que la decadencia primero y la ruina al fin; de una sociedad en que la injusticia ha llegado á cierto grado de universalidad.

Siendo esto así, ¿qué debemos esperar de una sociedad, en que la codicia progaga y estiende diariamente el reino de la injusticia? ¡Ah! ¿quién podrá sondear los misterios, designar los nombres y marcar los caractéres, de esas injusticias monstruosas, cuya centésima parte no se revela en la superficie de las cosas, permaneciendo sepultada en tinieblas que disipará únicamente la luz del último dia?

Yo reconozco aqui mi insuficiencia; yo he visitado poco el mundo del dinero, pero hay en él claroboyas por las cuales

nos es dado mirar, y por las que podemos percibir algunos de esos oscuros misterios en medio de los cuales parece la justicia que salva á las naciones.

¿Que nombre dar á esas bancarrotas inmorales, calculadas de antemano, como un medio de libarse un hombre con los últimos despojos de su fortuna, de ese abismo de miserias adonde arrastra á sabiendas á gran número de familias, que perecen en ese naufragio voluntario?

¿Que nombre dar á esos designios locos, en virtud de los cuales dice un hombre en el delirio de su codicia: «yo nada tengo; voy á tentar fortuna; he aquí su plan; necesito por base un capital de cien millones. Si salgo bien, en tres meses soy millonario; si no salgo bien, cien familias caerán conmigo en la miseria.» La codicia grita á ese hombre. «Adelante, salir bien es posible» y ese hombre avanza; y cien familias caen con él en esa sima abierta por su codicia.

¿Cómo revelaros esos misterios del comercio, ante los cuales se cubre con un velo á la justicia y á la caridad; á esas convenciones egoistas é inicuas á la vez, en que los grandes industriales y capitalistas meditan especulaciones inhumanas, y realizan ganancias monstruosas? Convenciones infernales en que se vé á los débiles destruidos entre afortunados que pactan su ruina.

¿Cómo llamar á esas venalidades verdaderamente opresivas en que se venden los hombres, las instituciones y hasta las mismas ideas? Pactos renovados de Judas, en que hay hombres que han hecho convenciones como la siguiente. «¿Qué nos dais y nuestros discursos, nuestros libros y nuestros periódicos entregarán al odio popular tal institucion, tal clase de hombres, tal doctrina, tal idea?»

¿Que nombre dar en fin, á esos complots que se traman en las cavernas del agiotage, allí donde los millonarios se confabulan para hacer bajar el valor de las cosas y la fortuna de los hombres, donde se echa mano de la mentira para asegurar el beneficio de un error afortunado; allí donde se pide á la prensa ve-

nal y á voces asalariadas, y hasta al telégrafo inofensivo, la noticia de desastres imaginarios, para realizar con provecho del egoismo, desastres positivos y reales? Complots homicidas y verdaderamente criminales, que provocan catástrofes en que se mezcla con las lágrimas, y algunas veces con la sangre, la ruina de las viudas, de los huérfanos y de los oprimidos de toda clase, reducidos á no poder ni aun invocar contra esas hábiles iniquidades y esos despojos combinados, la proteccion de la ley y la salvaguardia de la justicia; porque como antes he dicho, la justicia es lo primero que perece en el fondo de tan negros misterios.

Aquí me detengo, señores: no en la impotencia de ver, sino en la impotencia de decir; porque por encima de todas las cosas que acabo de señalar con la palabra, yo no descubro más que cosas innominadas, misterios inefables; porque lo confieso: son para mí completamente incomprendibles. ¡Dichoso yo, si con mi silencio puedo al menos despertar sospechas sobre todo cuanto mi palabra no puede espresar!

Antes de concluir os pregunto con espanto ¿qué es lo que tarde ó temprano, debe producir ese reino de la injusticia triunfante en las orgías de la codicia contemporánea? Decid ¿qué creéis vosotros que pueden hacer germinar en las profundidades de la sociedad, todos estos misterios de injusticias, sino odios y cada vez mas odios? ¡Ah! señores, la humanidad pobre que tiene una percepcion vaga y algunas veces revelaciones claras de esos misterios oscuros ¿qué puede concebir contra el mundo que lo realiza, sino ocultos resentimientos y venganzas fraticidas? ¡Oh vosotros todos los que poseéis! poned un freno al egoismo, una barrera á la codicia, levantad en vuestras almas un muro que sostenga á la justicia, derrotada en todas partes, poseed en el amor, poseed en la justicia, porque si la codicia inmola la justicia al triunfo del egoismo, vendrá el odio de los hombres, como un azote de Dios, á exigir de vo-

sufrós con arrepentimientos tardíos, represalias terribles.

Habrà quien se asombre de que desde un lugar tan elevado sea la palabra bastante independiente para descifrar semejantes misterios y para señalar los desastres y las degradaciones que á todos nos amenazan? Eso sería olvidar la vocación del apostolado. La palabra evangélica hace hoy lo que ha hecho siempre; defiende á los hombres contra la tiranía de las humanas codicias, y dá contra los egoísmos, impacientes por absorverlo todo, el grito del amor impaciente por salvarlo todo; y sea lo que quiera lo que los hombres piensen de la palabra evangélica, ella cumple siempre la voluntad de Dios. Dios la envia para lanzar rayos contra las codicias egoístas donde quiera que se encuentren, y para glorificar en el mundo el reinado progresivo de la justicia y de la caridad. Ella quisiera destruir con sus rayos esa segunda cabeza de la hidra devoradora y revolucionaria, *la codicia*; y solo con esta condicion cumple y realiza el progreso en el hombre, el progreso en la familia, el progreso en la sociedad, el progreso en la humanidad entera.

Conferencia IV.

DEL ORGULLO.

I.

El segundo obstáculo contemporáneo á nuestro progreso moral, es la concupiscencia de los ojos ó la codicia. El amor desordenado de la posesion es en nuestros dias una degradacion del hombre, de la familia y de la sociedad.

Es la degradacion del hombre, porque la codicia precipita al hombre sobre la materia, y aun le convierte en materia. El hombre codicioso, cualquiera que sea su esplendor exterior, no puede tomar puesto en la verdadera aristocracia de la humanidad, porque la verdadera aristocracia nacida de la verdadera grandeza,

tiende á todo lo que hay de más elevado, y la aristocracia del oro, nacida de una gran baja, tiende á todo lo que hay de mas abyecto.

Es tambien la degradacion de la familia, porque la codicia contemporánea pone obstáculos á la constitucion, á la conservacion y á la propagacion de la familia. A su constitucion, realizando por la influencia del oro uniones que rechazan los corazones ó indignan á la naturaleza. A su conservacion, por las discordias que suscita entre hermanos la particion del oro; y á su propagacion, disminuyendo la vida para aumentar la herencia.

Es la degradacion y el gran peligro de la sociedad, porque la codicia contemporánea siembra por todas partes los gérmenes de los odios sociales; abajo, produciendo celos fratricidas que nacen de la dilatacion de los deseos; arriba, suscitando tiranias fatales que nacen del movimiento de las fortunas llevadas en atracciones egoístas; en el centro y por todas partes, creando injusticias que provocan odios inmensos y que precipitan la ruina de las naciones.

Señores, vosotros lo sabeis, yo os he dicho la verdad desnuda sobre todas estas cosas; porque el hacerlo así era un deber de mi ministerio y una necesidad de mi asunto. Pero en la fuerza misma de la verdad que yo os comunico, vosotros sentis el amor con que os hablo. Lejos está de mi corazon el deseo de contristar á nadie, como lejos está de mi carácter retroceder ante el cumplimiento de mi obligacion y la necesidad de mi asunto. Vosotros lo habeis comprendido así y yo os doy gracias por la benevolencia que dispensais á una palabra que muestra pocas ambiciones de albagaros. Indicio es de legítima esperanza para nuestra querida patria, y gran honra para vosotros, el que se os pueda decir sin incurrir en vuestros desagrado la verdad, y la verdad amarga.

No hemos concluido de revelaros el obstáculo contemporáneo á nuestro verdadero progreso. Detrás de la concupiscencia de la carne, detrás de la concu-

piscencia de los ojos, hay una tercera concupiscencia que empuja á las otras dos, y que nos da la última palabra que expresa la decadencia y el obstáculo al progreso. Tal es aquello que S. Juan llama orgullo de la vida *Superbia vitæ*. Ved ahí, señores, el mayor obstáculo para el verdadero progreso humano, obstáculo para el progreso moral, y por consiguiente, obstáculo para todos los demás progresos.

El cristianismo estableciendo como base de todo progreso humano á la humildad, es decir: al abatimiento voluntario de sí mismo, nos ofrece la prueba de una sabiduría verdaderamente divina, porque para cualquiera que sepa ver en este fondo de las cosas en que la divinidad se revela, la idea singular de fundar el progreso sobre el abatimiento de sí mismo, es una idea que demuestra la divinidad del cristianismo, porque lleva el sello de una sabiduría que no es del hombre. Vosotros comprendereis mejor la divinidad de este designio, cuando hayais visto los principios de degradacion que encierra el orgullo. Considerad al orgullo en su nocion y en su origen, sus tendencias, sus costumbres y su historia, y en todas partes le reconocereis como causa de toda ruina, como padre de toda decadencia moral.

¿Qué es el orgullo? Es el amor desordenado de la propia escelencia. El hombre se ama á sí mismo, y este amor es legitimo cuando está contenido en sus límites. Hay en el hombre, como en todo ser viviente, una necesidad de conservacion, un principio de orden y un resorte de progreso. Si el hombre no se amara, no tendría ni la necesidad de ser, ni la pasion de crecer, ni la ambicion de ponerse con los demás seres en las relaciones que concurren á formar la armonía general. El hombre pues, debe amarse, y se ama.

Pero ved aquí el golpe terrible que ha herido el fondo de su ser, y que poniéndole en desacuerdo con los demás seres, le mutila y le degrada. El hombre se ama á sí solo mas que á la humanidad,

mas que á Dios, mas que á todos. Se ama hasta el desorden, hasta la exaltacion y aun hasta el delirio. Por esto podeis ya conocer, como el orgullo, es decir, la pasion desordenada y loca de su propia escelencia, llega á ser en la vida humana un principio de degradacion moral. Efectivamente; el hombre para engrandecerse moralmente y perfeccionarse á sí mismo, debe ponerse en naturales relaciones con los seres que le rodean y marchar con ellos en armonía universal hácia el fin supremo de todos los seres.

Pero para guardar con los demás seres esas relaciones naturales y verdaderas que contribuyen al progreso de cada uno, y al progreso de todos, es absolutamente necesaria una cosa, permanecer en su puesto y en él perfeccionarse á sí mismo. Un fundador de una orden religiosa que era un gran santo y un pensador profundo, daba á sus hijos este secreto de la perfeccion: «Que cada uno en vez de ascender á un grado superior se esfuerce para alcanzar la perfeccion en el suyo.» *Guardar su puesto y hacerse perfecto en él*, es señores, no solamente un secreto de perfeccion cristiana y religiosa, sino de perfeccion humana y de progreso social. Sed átomo, si Dios os hizo átomo; sed sol, si Dios os hizo sol; pero sed átomo en vuestro puesto, sin chocar con los demás átomos; sed sol en vuestra esfera, sin chocar con los demás soles; cada uno en su puesto y segun su vocacion. Mas quiero yo ser un átomo en mi puesto, que un sol fuera de mi esfera.

Esto es precisamente lo que el orgullo no puede ya comprender, porque se ama á sí mas que á todo; y desde que esto sucede, en vez de coordinarse con relacion á todo lo que está mas alto que él, quiere coordinarlo todo con relacion á sí mismo. No puede resignarse á permanecer en su puesto. Yo no se que es lo que grita en su interior, diciendo: *Ascendam*, yo subiré; yo no se que es lo que le hace decir á todo lo que le rodea: «Bájate y déjame pasar» *incurvare ut transeamus*. Si el orgullo es átomo, dice ¿por qué no soy sol? Si el orgullo es sol,

dice ¿por qué no soy como ese otro sol? Asi el orgullo empuja con todas sus fuerzas al hombre á quien esclaviza, para que salga de su puesto en lugar de perfeccionar su ser, y vá en sus carreras desordenadas y con sus locas tentativas, chocando con todos los seres que le rodean, depravándose y produciendo á la vez el desorden en la sociedad y la degradacion en si mismo.

Ved ahí al hombre bajo los golpes de su orgullo. ¿Cómo ha sido herido con ese golpe que ha turbado todo su ser, roto sus legítimas relaciones y que le ha precipitado á la cima de su decadencia? Aqui es necesario remontarnos al origen como las sagradas Escrituras. Yo acabo de decir lo que es el orgullo, pero el orgullo ¿por qué principia? Sobre este misterio del hombre hay entre las palabras de la sagrada Escritura, una de las mas profundas que derrama torrentes de luz sobre la cuestion que nos ocupa. El principio del orgullo del hombre es su apostasia, es decir, su separacion de Dios, *Initium superbie hominis apostatare á Deo*. Ser orgulloso, dice S. Agustin, es dejar el bien y el principio comun que es Dios, y hacerse uno á si mismo su principio, es decir, su Dios: *Relicto communi principio, sibi ipsi fieri atque esse principium*. El hombre dice, decayendo de Dios recae sobre si mismo, y entonces se ama con todo ese amor que rehusa á Dios. Ved ahí el orgullo en su origen, el amor que se arrebatá á Dios, y que haciendo recaer sobre si mismo la aspiracion que tiene necesidad de lo infinito, se atreve á decir. «Yo, yo lejos de Dios; yo separado de Dios;» concluyendo al fin por decir, *Yo Dios*.

Esto es lo que se puede llamar impulso satánico en la humanidad. Yo he visto á Satanás que caía del cielo con la rapidez del rayo, yo he visto á la humanidad arrastrada por el orgullo, en fuerza de esta impulsión de Satanás. «Si, dice un «gran hombre, ese espíritu soberbio ha caído sobre nosotros, como un gran edificio que se desploma y derrumba á otro mas pequeño sobre el cual cae; así cayendo del cielo ese espíritu soberbio,

«ha venido á caer sobre nosotros; arrastrándonos en su ruina; cayendo así sobre nosotros, dice S. Agustin, ha imprecipitado en nosotros un movimiento semejante al que se precipita.» En la magnitud de estas expresiones habreis reconocido la gran palabra de Bossuet. Asi con la luz de ese genio que refleja el genio de S. Agustin, veis la caída del hombre, veis en el nacimiento del orgullo, que separa al hombre de Dios para precipitarle sobre si mismo, el principio de toda caída y de toda decadencia, y descubrireis tambien en el fondo del orgullo humano, el obstáculo supremo al progreso de la humanidad.

(Se continuará.)

ANUNCIOS.

Se halla vacante la plaza de sacristan de la parroquia de S. Ildefonso de Colladomediano, provincia de Madrid, á 8 leguas de la Capital, entre el Escorial y la Granja: su dotacion consiste en dos reales vellon diarios, pagados de la asignacion del culto parroquial, y la tercera parte del pie de altar que el sacristan participa con el párroco: el aspirante deberá saber tocar el órgano. El que pretenda dicha sacristia, se dirigirá al Sr. Cura de la expresada parroquia por todo el presente mes de setiembre.

En la villa de Mérida, provincia de Toledo, partido de Escalona, se necesita un sacerdote para que celebre el santo sacrificio de la misa á la hora en que sale el sol. Disfrutará 5 rs. diarios pagados de fondos particulares, intencion libre y segura, y los derechos de asistencias y vestuarios que ocurran en la parroquia: si estuviere adornado de las licencias de predicar, podrá contar con 1,000 rs. procedentes de la limosna de los sermones de la semana Santa y alguno otro.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.